

El desastre como evento comunicativo: la comunicación de desastre como ¿nuevo? umbral en la investigación y docencia de la comunicación

Silvia Álvarez Curbelo
Universidad de Puerto Rico
Puerto Rico
salvarezcurbello@gmail.com



Doctora en Historia. Se desempeña como Directora del Centro de Investigaciones en Comunicación de la Escuela de Comunicación del Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico y dicta cursos en su Escuela Graduada. Durante 2004-2005 fue la Wilbur Marvin Fellow en el David Rockefeller Center for Latin American Studies de la Universidad de Harvard. Se especializa en historia cultural y en el análisis del discurso político y del discurso mediático. Entre sus publicaciones se encuentran *Senado de Puerto Rico. Ensayos de historia institucional, 1917-1992* (1992); *Del nacionalismo al populismo* (1993); *Historias vivas: historiografía puertorriqueña contemporánea* (1996); *Ilusión de Francia: Arquitectura y afrancesamiento en Puerto Rico* (1997); *Hispanofilia: Arquitectura y vida en Puerto Rico 1900-1950* (1998); *Los arcos de la memoria: el '98 de los pueblos puertorriqueños* (1999), *Ética y retórica en la comunicación política* (2001), *Un país del porvenir: el discurso de la modernidad en Puerto Rico (Siglo XIX)* (2001) y *Comunicación, Ciudadanía y Democracia* (2004). Es editora junto a Carmen Raffucci del libro conmemorativo del centenario de la Universidad de Puerto Rico, *Frente a la Torre* (2005). Sus ensayos han aparecido en varias antologías y ha escrito numerosos artículos para revistas en Puerto Rico y el exterior. Es colaboradora del periódico *El Nuevo Día* con columnas de opinión política y cultural. Desde 2008 es presidenta de la Junta de Directores del periódico *Diálogo* de la Universidad de Puerto Rico. Actualmente escribe un libro sobre las guerras y Puerto Rico en el siglo 20 titulado *Guerra y destino*.

ABSTRACT

La ponencia se pregunta por un campo emergente en la comunicación vinculado a las teorías del riesgo y que se expresa en la cobertura mediática de desastres “naturales”, guerras, actos terroristas y otra serie de eventos con repercusión política, cultural y comunicativa amplia. La propuesta principal es que la comunicación sobre desastres se vale de milenarias fórmulas retóricas y narratológicas para crear efectos de verdad y de poder entre los receptores. Si bien en términos tecnológicos y de rutinas profesionales mediáticas mucho ha cambiado, en el fondo hay un inventario muy ancestral que conviene repasar. La ponencia utiliza ejemplos históricos para evidenciar el uso del sensacionalismo, las advertencias morales, los dispositivos de terror y otros artefactos comunicológicos en la comunicación de desastres que siguen siendo usados hasta el día de hoy por los medios masivos y que producen lo que se conoce como conocimiento cotidiano, siempre en pugna con el conocimiento experto sobre los riesgos.

PALABRAS CLAVE

Comunicación de riesgo, desastres, medios.

El desastre como evento comunicativo: la comunicación de desastre como ¿nuevo? umbral en la investigación y docencia de la comunicación

El miedo - dice Jean Delemeau - el historiador seminal del miedo en Occidente- es un asunto de vísceras y hormonas pero sobre todo, de cultura y de lenguajes. (Corporación Región, 2001) Es pues, un asunto de comunicación, de sentidos compartidos y de representaciones. Hay miedos ancestrales casi “genomáticos”, como si una memoria cósmica depositada en quién sabe qué parte de nuestro cuerpo - el timo quizás que nadie sabe para qué sirve- guardara un recuerdo profundo: que antes de que el ser humano emergiera, hubo cinco destrucciones casi totales del planeta. La última de ellas, hace aproximadamente 65 millones de años, permitió precisamente la vida humana y dejó en manos del Museo Metropolitano de Nueva York o de Steven Spielberg en su serie jurásica la tarea de representar el mundo esfumado de los dinosaurios. (Leaky, 1995)

Platón, mitógrafo por excelencia, nos advierte en sus diálogos *Timeo* y *Critias* que el mundo habrá de pasar por muchas destrucciones, las principales de ellas por fuego y por agua. (Lapham, 1997, XV) Si la muerte humana encapsula muchos de nuestros miedos privados, la muerte cósmica - la destrucción del mundo, su borradura- se anticipa una y otra vez con los desastres, eventos polisémicos: indistintamente retribución fulminante, limpieza y equilibrio, constatación del caos, recordatorio cruel de la divinidad o del azar.

Los desastres, en la forma de plagas, terremotos, guerras, fuegos y diluvios, han sido de los primeros eventos colectivos en ser representados. Anidan las catástrofes en el origen mismo de la fundación de las primeras ciudades, de las religiones organizadas, de la escritura y del arte y, con ellas, de la memoria y archivo social. Son marcadores de época, de cambios, son portentos que asumen una carga comunicativa densa y simbólica.

La investigación nacida de la explosión

No ha sido hasta el siglo 20 cuando los desastres han acotado una zona de investigación propia, más allá de la asumida por las ciencias naturales. La investigación sobre los desastres nace de una explosión - la más grande provocada por el hombre hasta las bombas norteamericanas sobre Hiroshima y Nagasaki en 1945- . (Scanlon en Stallings, 2002, 270). En el puerto canadiense de Halifax, un barco francés y otro noruego colisionaron en 1917. El *Mont Blanc* llevaba una carga de gasolina para aviones y explosivos - recordemos que era un mundo inmerso en la Primera Guerra Mundial. La detonación alcanzó un octavo de la potencia de la bomba atómica; hubo 2,000 muertos y 9,000 heridos.

Entre los testigos se hallaba un joven párroco anglicano llamado Samuel Henry Prince. Con una Maestría en Psicología de la Universidad de Toronto al momento de la explosión, completaría poco después su doctorado en sociología en la Universidad de Columbia en Nueva York. Su propuesta

(Prince, 1920) convierte al suceso de Halifax en un objeto de estudio al cual accede desde un ángulo específico: el de la respuesta social ante el desastre. ¿Cuáles son las fuentes de Prince? ¿Qué métodos de investigación privilegia?

Si fuésemos a resumir las preguntas de Prince que organizaron la búsqueda de información y de significados de lo que pasó, vamos a encontrar algo que luego se convertirá en una sancionada fórmula de investigación en Comunicación. Prince se pregunta por el Quién, el Cuándo, el Dónde y sobre todo el Qué y el Cómo. Sus fuentes: los periódicos tanto locales como lejanos; los testimonios personales e institucionales, dejados en diarios, cartas, informes, fotografías, mapas, bitácoras y obtenidos en entrevistas. Me detengo en el análisis de cobertura de prensa en el que Prince no se limita a recabar información sino también a capturar lo que T. Joseph Scanlon llama "el sentido de los tiempos", un vector político que atraviesa la hermenéutica del desastre de varias maneras. (Scanlon en Stallings, 273)

Por el lado de los efectos, la explosión ocurre pocas semanas antes de las elecciones generales en Canadá y que se presentaban con una alta dosis de polarización étnica entre anglo-canadienses y franco-canadienses. El que el barco culpable de la explosión, el *Mont Blanc*, fuese francés, fue utilizado por los primeros, con beneficio, como un argumento electoral. Si nos movemos ocho décadas en el tiempo, el desastre de septiembre 11 le proveyó al Presidente Bush una ventaja política (evidente en las elecciones de 2004) que ni siquiera los desastres de la Guerra de Irak pudieron desestabilizar. (Hess y Kalb, 2003) Por otra parte, los ataques terroristas del 11 de marzo en España, inyectaron un factor decisivo de reflexividad política que inclinó una votación apretada a favor del Partido Socialista y de su candidato José Luis Rodríguez Zapatero.

3

La investigación de desastres y riesgos y los medios

La investigación de desastres se consolida en las décadas posteriores a la segunda posguerra. En la actualidad, es un campo de convergencias disciplinarias; sociología, antropología, salud pública, ecología, psicología, economía y comunicación, entre las más relevantes, y acoge importantes macrodiscursos como son el de la gobernabilidad, la sociedad de riesgo -concepto popularizado por Ulrich Beck (1998) y que destaca que estamos en un momento de la historia humana en que nos organizamos primariamente en torno al reparto de riesgos y no de riquezas-, la espectacularización de la noticia, y la fatiga compasiva - que nos inculca de asumir el sufrimiento ajeno como personal-. Son todos accesos posibles de ordenamiento investigativo y que resaltan la centralidad de la comunicación en todas sus ramificaciones incluyendo, por supuesto, el protagonismo creciente de los medios en la representación del desastre.

Es de esperar que una sociedad que se organiza cada vez más desde y por los medios, la investigación de los desastres contemporánea dedique mucha de su actividad y su producción bibliográfica en la capacidad y el alcance de los medios como creadores de imaginarios,

representaciones, marcos de interpretación para los desastres y, no menos importante, dirección emocional para lidiar con los desastres en todas sus etapas y sobre todos los tipos de audiencia.

Como punto de partida una caracterización básica: el punto focal de la investigación y la práctica sobre desastres y riesgos desde el campo de la comunicación es el intercambio de información entre todos los actores concernidos.

Ahora bien, no se trata meramente de estudios de transmisión de mensajes sino de un proceso de comunicación integral, es decir, se trata de un proceso social que contiene dos vertientes importantes de problematización. La primera, la dinámica de amplificación y atenuación de riesgos/desastres que estipula que los medios masivos juegan un rol protagónico al articular terrores y esperanzas, visibilizar a los *opinion-makers* y a los expertos, asignar causalidades, responsabilidades y tiempo e intensidad de la atención al desastre, entre otras mediante operativos de amplificación y disminución representacional. Esto en medio de guerras de ratings y operativos fama para comunicólogos.

El caso de Anderson Cooper de CNN es ejemplarizante. El llorar en cámara ante la devastación producida por el Katrina en medio de aguas negras y de las víctimas negras, le valió desbancar a Aaron Brown del espacio de las 10:00 PM y convertirse en la versión actualizada del efecto CNN, bastante de capa caída con la competencia de la belicista Fox News.

Por otra parte, la segunda vertiente de problematización afirma el carácter conflictivo de la comunicación de riesgo y de desastre intervenida mediáticamente (Alexander, 2000). Más allá del tópico sabido de que la tecnología no es neutral respecto a intereses económicos, desigualdades sociales y poder político, entre otros, este ángulo asume las conflictividades inevitables entre saberes expertos y saber experienciales y cómo estas conflictividades son negociadas por los medios. Algo que se comprueba con frecuencia, como señala Marco Lombardi (Stallings, 254), es cómo la gente aún cuando esté provista de una comunicación perita, abundante y estructurada, tiende a refugiarse en sus mundos privados de símbolos y significados. Se vuelve casi una regla de oro: independiente de la cantidad y calidad de la información, ante una situación de catástrofe, de riesgo profundo, damos mayor crédito a lo familiar, a lo legitimado por nuestro contexto cultural como mediaciones preferentes (Reguillo, 1996)

Los medios gestionan esta conflictividad entre saberes expertos y saberes experienciales no siempre con saldos productivos para la comunicación confiable y equilibrada. (Lomabardi en Stallings, 265) Pero no caigamos en ingenuas por simplistas interpretaciones sobre conspiraciones labradas entre los poderes políticos y los medios para embrutecer a las multitudes. Sin negar sesgos populistas y manipuladores o de simple y llanamente comodidad explicativa, invito a explorar modelos narrativos de larga duración, a archivos ancestrales de memorias e imágenes que se detonan ante la emergencia de un desastre, que validan estereotipos, que proveen últimas causas y responsables, que suscitan mayores miedos o esperanzas. Son relatos comunes a los medios y a sus audiencias, una zona cultural

que provee de metáforas, de fórmulas de comunicación trilladas pero entendibles: Armagedón, escena dantesca, Sodoma y Gomorra, apocalipsis, la ira de Dios, la venganza de la Naturaleza y muchos otros.

Algunos de estos relatos con sus repertorios de imágenes y referencias extienden obvias con los desastres contemporáneos. Lo hacen, en gran medida, porque comparten la presencia del miedo y la necesidad de encontrar explicaciones, muchas de ellas con connotaciones políticas, culturales y religiosas transformadoras. Por ello, resulta de particular importancia que el campo recientemente consagrado de la comunicación de desastre atienda este ángulo "antiguo" de narratividad, de información, análisis e interpretación del desastre a través de imaginarios y figuras retóricas que se detonan, no importa que hayan pasado milenios, por quienes comunican la plaga, la guerra, el terremoto o el atentado terrorista.

Guiones de terror con indicaciones precisas para los movimientos de los actores, los efectos especiales y moralejas perpetuas.

1. El Ángel Exterminador: La Épica de Gilgamesh

En la tierra de los dos grandes ríos, ahí donde hoy la guerra asume carta de residencia, una estela acadia de más de 5,000 años nos ofrece la primera relación documentada de un desastre - el gran diluvio- no el de Noé, que como deben saber es una versión de tercera mano. Escrita en cuneiforme, forma parte de la primera épica de la que tenemos noticia -aquella de Gilgamesh- quien se pregunta, ante la muerte de su hermano, por la permanencia del hombre en La Tierra. Viaja el héroe al encuentro de la sabiduría en la forma de un viejo, Utnapishtim, sobreviviente de la gran inundación. De su boca conocemos el motivo y los pormenores del desastre que ha sobrevenido porque los hombres hablan mucho y no dejan dormir a los dioses.

La estela registra lo que hoy conocemos como el ciclo temporal del desastre - el aviso, el impacto, la emergencia y la recuperación. () Identifica las zonas espaciales el desastre- la zona de impacto total y la de impacto colateral. Asigna culpas y responsabilidades; moralejas, dictados divinos y supervivencia humana. Es una cobertura completa con el valor agregado de que quien narra es un testigo de excepción, el sobreviviente. El sobreviviente es un personaje muy intenso: se ha salvado pero llora la pérdida de sus hermanos y vecinos. Alivio y culpa, el síndrome del sobreviviente se constata en las experiencias calamitosas. ¿Por qué yo?

Gilgamesh configura un modelo que sitúa al desastre como un castigo divino a una humanidad corrompida. El agente destructor toma la forma de una fuerza extraordinaria: olas gigantes, diques que revientan, ríos vengativos. Hablando sobre Katrina, Carlos Fuentes, el escritor mexicano y comentarista perspicaz de lo contemporáneo, evoca a William Faulkner, el novelista del sur profundo de los Estados Unidos. En una breve pero profética novela titulada *El viejo*, Faulkner describía una devastadora inundación del Río Mississippi: "Una inundación nos arranca de raíz, nos arroja inermes en brazos de la naturaleza y nos devuelve al original caos del mundo."

El agua o el fuego son ángeles exterminadores pero también purificadores. En Gilgamesh, la humanidad reaparece y la vida se inicia nuevamente. El ciclo cósmico se cierra con una acción de gracias y la aparición de un nuevo orden en la tierra que hoy, irónicamente, es Irak.

2. El Cuerpo como Desastre: *Sodoma y Gomorra*

El relato bíblico de Sodoma y Gomorra, escrito hace tres mil años como parte de un proyecto político de integración territorial, se encuentra en el Génesis 18-19. Apunta hacia la ciudad como un espacio de pecado, una figura que veremos con frecuencia en otras tramas de desastre, no menos cuando se piensa en que Nueva York. La ciudad es el aposento de los sentidos desbocados: ese exceso corporal, de los sentidos tiene que ser contenido. A la ciudad de Sodoma llegan dos ángeles enviados por Dios. Son mirados con deseo por los hombres de la ciudad que quieren poseerlos; la homosexualidad –todavía muchos piensan así– es preludio del desastre.

Es lo que proclama, por ejemplo, la interpretación fundamentalista sobre el SIDA. Lot, que ha recibido a los ángeles en su casa, le ofrece a la turba enardecida sus hijas con tal de que no ataquen a los visitantes. Los hombres del pueblo se niegan y amenazan a Lot y sus huéspedes. Le recuerdan a Lot que él también es un extranjero: otra presencia culpable en muchas interpretaciones de desastres antiguos y nuevos. Pero Dios permite que Lot y su familia salgan de la ciudad. Su curiosa mujer no corre con suerte: se convierte en estatua de sal. La ciudad desaparece en medio de una lluvia de azufre, el olor del demonio.

3. Estética y patología: El *Decameron* de Boccaccio

La epidemia de peste bubónica conocida como La Muerte o Pesta Negra llegó al sur de la península italiana en octubre de 1347 en un barco procedente de la Crimea, del este, donde Europa ubica la procedencia de sus grandes desastres y riesgos, antiguos y nuevos (recordemos a Edward Said). En tres años la plaga mató a cerca de 25 millones de personas, un tercio de la población europea, la mayoría en el primer año. Hay de entrada una conexión con el profetismo del libro del Apocalipsis: Al sonar la última trompeta habrá muerto una tercera parte de la humanidad.

La admirada ciudad de Florencia, inmersa en grandes cambios culturales, en un nuevo orden civilizatorio, es presa de la plaga. Ahí mueren 50,000 habitantes. El flagelo es descrito por Boccaccio en el prólogo al primer libro del *Decameron*. Destaco la fascinación por la patología de la enfermedad, por el curso prácticamente inevitable una vez se presenta la primera buba. Reducida a ganglios hinchado, la víctima se pornografica :y el cuerpo se convierte en puro signo de la muerte. Quedan mujeres y hombres desvestidos de su espiritualidad, de su razón e incluso de los afectos. Las madres abandonan a los hijos, "como si no fuesen suyos", es el pánico ante la muerte. Los controles morales saltan por los aires: " se extendió un hábito jamás antes oído: que a ninguna señora, por muy encantadora, bella o noble que fuese, si enfermaba, le importaba tener a su servicio a un hombre, dando igual que fuese joven o no, ni enseñarle sin vergüenza algunas todas las partes de su cuerpo igual que habría hecho una

mujer, con sólo requerirlo a la necesidad de su enfermedad; y a las que se curaron tal vez esto las hizo ser menos honestas en lo sucesivo".

Abandonados por los demás, incluso de sus familiares cercanos, los que sucumben volverán al polvo, pero en su mayoría al anonimato de la fosa común donde se depositan la belleza y la risa de la juventud, la sabiduría del anciano, la fuerza de los trabajadores. Todo es paranoia y crueldad, se escatiman saludos y ceremonias. Los criados negocian con sus amos sus servicios a precios de oro, los ricos huyen cuando pueden y esparcen la enfermedad. Aunque mueren obispos y nobles, las diferencias sociales permiten movilidad. Lo sabemos por Katrina. Nuevamente se identifican chivos expiatorios - los judíos que han envenenado las aguas es uno de ellos- y los recién llegados a la ciudad.

4. El genocidio indígena según Bartolomé de las Casas

No se trata aquí de un desastre natural, al menos, en primera instancia. En su *Historia de las Indias*, Las Casas denuncia el genocidio perpetrado por los colonizadores españoles en el Nuevo Mundo. Las Casas es un converso: de esclavista convencido se ha tornado en defensor de la causa indígena ante la Corona y las autoridades eclesiásticas. Al denunciar la limpieza étnica, se revela un acto de expiación personal, a la vez un acto soberbio y un acto de humildad, es la dinámica complicada que se entabla entre el denunciante y el desastre. La obra magna de Las Casas es un alegato teológico, jurídico e histórico pero es también un gran reportaje, un Yo acuso *avant la lettre*, que condensa muchas de las estrategias retóricas y discursivas que conforman todavía la cobertura de las hambrunas, las limpiezas étnicas y los desastres ambientales como el de Bophal, que afectan con frecuencia al mundo no desarrollado.

Porque, a pesar de reconocerles su humanidad, las víctimas son infantilizadas por el fraile. Las Casas no puede superar las aporías en su representación de la alteridad, pero quizás es mucho pedirle a un hijo del siglo XVI. Es que los desastres iluminan la opacidad de la comunicación de la otredad, exhiben dolorosamente los límites de la interculturalidad. Hoy, en Darfur, se plantea una catástrofe humanitaria como el mundo no ha conocido y, si fuera por los medios globales, apenas conocerá. En 200 la gripe aviar ocupó titulares y preocupaciones globales hasta el punto en que el día después que reventaran los diques en Nueva Orleans, el secretario de Homeland Security prefirió irse a Atlanta a una conferencia sobre la gripe que para aquel momento sólo había matado unas cinco personas que atender el racializado escenario en la Louisiana.

5. El terremoto de Lisboa

El 1 de noviembre de 1755, y mientras la gran mayoría de los lisboetas se encontraba de rodillas participando de la procesión del Día de Todos los Santos, un terremoto azotó a la ciudad. Uno de los sismos más destructivos y mortales en la historia europea, causó la muerte de entre 60.000 y 100.000

personas. El fenómeno fue seguido por un tsunami y un incendio que destruyó en casi su totalidad a la ciudad. El terremoto acentuó las tensiones políticas en Portugal e interrumpió abruptamente sus ambiciones coloniales. Fue discutido extensamente por los filósofos ilustrados europeos, inspirando intensos debates en torno a la teodicea - es decir, el conocimiento de Dios en su relación con lo creado- y la filosofía de lo sublime - es decir, la simbiosis entre lo bello y el terror, una experiencia de seducción sin placer-. En otro orden de cosas, al ser el primer terremoto cuyos efectos sobre un área grande fue estudiada científicamente, señaló el nacimiento de la sismología moderna.

Dos corresponsales de la revista inglesa *Gentleman's Magazine*, () una de esas publicaciones que marcan el nacimiento del periodismo contemporáneo, se encontraban en Lisboa. Sus impresiones de la catástrofe enviadas a la revista, escritas con la estereotipada pero absolutamente cierta flema británica son ricas en descripciones de las conductas inmediatas tras un desastre. Los dos caballeros británicos relatan, con poco disimulado sentido de superioridad, las escenas de pánico, la secuencia entrópica que deriva más desastres del desastre original, los saqueos y crímenes contra la confianza perpetrados por los que sacan ganancia de la escasez y el dolor. Pero sobre todo, nos aleccionan que llamar a un terremoto una desgracia natural es sólo parte de la ecuación. Lisboa se destruye no sólo por la intensidad y la localización del epicentro; también por sus graves fallas de construcción y por la dejadez de las autoridades.

Aftermath

Rossana Reguillo habla de los conjuros que desplegamos antes los desastres, mezcla de saberes expertos y populares, tecnologías, *bunkers hi tec*, remedios de la abuela, mantras *new age*, industrias de seguridad y otras. No funcionan estos conjuros sólo como escapes sino como formas de comprensión racional y afectiva, de legitimación, de conformidad, de supervivencia.

En junio de 2003, el presidente Bush sostuvo su primera reunión con líderes palestinos. Uno de ellos, el Ministro de Relaciones Exteriores de aquel entonces, Nabil Shaath; el otro, el hoy presidente de la Autoridad Palestina, Mahmoud Abbas. En un momento de la conversación, Bush le dijo a ambos: "Estoy impulsado por una misión que me ha encomendado Dios. Dios me dijo" George, ve y ataca a esos terroristas en Afganistán. Y lo hice. Y luego me dijo: George, ve y termina con la tiranía en Irak y lo hice. Y ahora, siento la voz de Dios que llega a mí y me dice: Consíguele a Palestina su Estado y a Israel su seguridad. Y por Dios que lo voy a hacer." Si este registro de los líderes palestinos puede levantar suspicacias, veamos lo que Bush le dice a Bob Woodward, el periodista de Watergate en una de las varias entrevistas a las que accedió para el libro de Woodward *Plan of Attack* publicado en 2004. Preguntado por Woodward si le había pedido consejo a su padre, Bush Sr. que rehusó en 1991 invadir a Irak luego de que se lograra expulsar a las fuerzas de Sadaam Hussein de Kuwait durante la Guerra del Golfo, sobre qué debía hacer con Irak, George W. señala: "Mi padre terrenal era el padre equivocado para solicitarle consejo. Hay un padre mayor al cual apelé"

Bibliografía:

Alexander, D. (2000). *Confronting Catastrophe. New perspectives on natural disasters*. London:
Oxford University Press.

Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*.

Barcelona: Paidós.

Corporación Región. (2001). *El miedo: Reflexiones sobre su dimensión social y cultural*.

Medellín: Corporación Región.

Gil Calvo, Enrique (2003) *El miedo es el mensaje. Riesgo, incertidumbre y*

medios de comunicación. Madrid: Alianza Editorial.

Grijelmo, A. (2000). *La seducción de las palabras*. Grupo Santillana de Ediciones: Madrid, España.

Hess, S. y Kalb, M. (2003). *The Media and the War on Terrorism*. Washington, DC: The Brookings
Institution.

Lapham, L. (1997). *History. The End of the World*. New York: History Book. Club.

Leaky, R. (1995). *The Sixth Extinction*. New York: Bantam Dell Pub Group.

Prince, S. (1920). *Catastrophe and Social Change*. New York: Columbia University.

Reguillo Cruz, R. (1996). *La construcción simbólica de la ciudad*. Sociedad,

desastre y comunicación. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores

de Occidente (ITESO). Universidad Iberoamericana: Jalisco, Mexico.

Stallings, R.A., (Ed.) (2002). Methods of Disaster Research. International

Research Committee on Disasters. Xlibris Corporation.

6.